

Luis Merino Reyes

Duermevela de Amor

I



DERMEVELA de amor, estás conmigo
al levantar el día su rumor y en la noche,
mientras las sombras desvanecen las arma-
[zones reales.

Duermevela de amor, estás conmigo,
si transito y aguardo entre muchedumbres ávidas,
si escucho una palabra, un murmullo, un arpegio;
si avanzo por la playa áspera de mi experiencia
o me detengo tembloroso de asombro.

Duermevela de amor: ¿Por dónde ibas,
mientras yo hurgaba en los mudos derroteros,
cuando mi voz era un secreto para mis torpes oídos
y mis plantas hollaban los pantanos?

Tu transparencia dormía bajo la piel de mis recuerdos,
el regazo de tus palabras
se rompía entre fragores y duelos,
tu cuerpo, ensortijado de vigías
buscaba su cauce entre látigos y bruma.

Duermevela de amor, ahora temo
que este candor activo que sólo tú desatas
en mis viejas cavernas, -
se nos escurra como la hebra de un sueño;
ahora temo que la vida radiante,
valerosa entre las sombras del hastío,
nos haga resplandecer y nos extinga.

Duermevela de amor, tú eres mi llama
vencedora del frío ulular del torrente,
tú eres el agua esperanzada en la senectud del desierto,
la corola desertora de los brutales herrajes,
el trino fugitivo de las pardas sentencias,
la risa libertada de los líticos túmulos.

Duermevela de amor, hoy te detienes
en la mano nacida para estrechar tu vuelco,
hoy ya resuenas,
en el muro que tiembla con tu más delgado sonido;
hoy yaces en la ribera de tu río y descifras el misterio
creado para ti desde un recinto de tortura.

Yo te descubro y me prosterno ante el fulgor de mi
[único amo,

te oigo y mido la densidad de mi lenguaje,
te acaricio y contengo la luz de tu caricia,
recorro tu suavidad, tu reparo, tu fuego,
y te hablo a media voz, con una clave apremiante,
en la vigencia furiosa de nuestras vidas.

II

Hoy no has querido cruzar mi paso y te siento inasible,
fugada de mi sed, de la avidez de mi tortura,
soy incapaz de vivir el recuerdo,
la sombra viuda de tu mágica estrella.

Brotas desde el fondo de mi ser
como una flor radiante;
tal vez no seas tú misma,
pero te espolvorean mis sueños,
te mancillan mis dolores, mi astuta cobardía,
el historial que nunca impregnarán tus mieles.

Desligado de tu imagen que reúne
y engasta mi opaca pedrería,
te aspiro, caudal estremecido de blandura,
queja de amor penetrando en mi garganta reseca,
lumbre ataviada en la mezquindad de mi aceite.

Te vislumbro
antes de atisbar tu fulgurante lucero,
te oigo reír y te intuyo en mi frío abandono,
cuando tu cuerpo, retenido hoy por mis éxtasis,
yacía dócil en sus febriles prisiones.

¡Oh mi cadencia, o mi extremo regazo,
plumón de mágica tibieza, fuego y brisa,
mis brazos están manchados por el hastío;
mi palabra envilecida busca dulces diademas,
bajo el dosel lunado de tu nombre!

Te amo y si estás distante,
avanzo como un ciego desprovisto de sus cautelas
y una salvaje avidez muerde mi garganta y detiene el
[sollozo.

¿Qué haces en este instante, libre de mi afán encendido?
No quiero paz contigo, ni remanso, ni límite de plumas,
ansío destruirme en tus pálidos arrecifes,
como un oleaje sólo tuyo de llameantes fragores;
quiero desbaratar esta exigua heredad bruñida por el
[miedo,
y darte, al menos, el acezar de mi ímpetu,
mi obscuridad, el ulular de mi congoja,
mi estólido mutismo, mi frente rota en tu renovado
[misterio.

III

Descubro que eres frágil, pétalo, espiga, sombra,
aroma en mi ceñida, éxtasis mío, boca;
mientras velo, tú duermes, cuando te llamo, ignoras,
me llama tu tibieza, tu piel, tu voz desnuda,
tu amor como inasible frontera.

¿Qué recuerdo te enturbia, qué presagio te enerva,
qué mar libera el cauce obscuro de tu misterio?
Estoy solo y te busco. ¿Cuál es tu voz, tu cuello,
tu mano ya tatuada, tu pecho, tu cintura,
el refugio imperioso de tu sexo?

Esta noche te creo,
te palpo en mi soledad y tiemblo;
quiero huir de tu regazo de arena.
¡Amor hecho de luz si mi amor te protege!
¿Estarás en el límite azul de este silencio;
extraviada en mi angustia, ala fugada, sueño?

Me persigue tu aroma, tu resplandor de leche,
tu beso entre mis labios, tu rubor y el silencio;
tu mutismo distante,
ceniza de otro fuego.

IV

Temo no ser desde el regazo rosa,
desde tu alba de flor y de ternura,
temo morir, amor, en la brumosa
ausencia de tu mágica hermosura.

Temo que el flujo de los años trice
el dulce frenesí de nuestras mieses,
sufro la cuenca de mis ojos grises
y mi boca sin voz cuando me beses

Temo morir, amor, si estás despierta
como la luna de mi noche incierta,
descalza en la frontera de mi canto.

Temo morir, amor, quiero la vida
que sólo tú me has dado, estremecida,
en tus matrices de candor y espanto.

V

Quietud de amor, mi cálido alabastro
yacente playa, espuma enardecida,
busco en tu cuerpo claves de mis sueños,
aromas de mi sangre, húmeda brisa.

Busco en tu piel la huella presurosa
del fantasma extranjero entre tus lirios,
me refugio en tus tibias enseñadas,
instituyo el lenguaje de tu oído.

Por la suave cascada de tus pechos
descienden cautelosas mis caricias;
en las plumas insomnes de tu vientre
se abandonan mis sienes encendidas.

Pero salgo ataviado con tus llamas,
con tu olor y tu beso, néctar vivo,
y reanudo el camino de mi asombro,
viajero de tus frágiles abismos.

Habla tu labio en flor y estoy absorto,
sueña el agua irisada si me miras,
se derrumba el pasado si tu anhelo
desata su oleaje de caricias.

¡Oh mi amor, oh mi amor, ya nada añoro,
si en tu caudal de sedas me limito,
si recojo tus palmas de dulzura,
si descubro el misterio de tus símbolos!

VI

Ahora va tu paso junto al mío
y aún subsiste el misterio radiante,
aún tus mejillas son corolas,
aún tu mirada cálida es sueño y centinela.

Ya no es el ímpetu feroz; pero si te aguardo
tiemblo con temor de que te esfumes. ¡Oh mi diáfano
[arco iris!

Ya no es el abrazo que busca la muerte;
pero tú hablas y me estableces
amo de tu vergel,
aroma de tus inexorables antenas.

Amor, tú ya conoces la herrumbre de mis prisiones,
sabes que tu fragilidad vencía mi deseo
y la sombra de tu imagen empañaba la luz altiva.

Yo te amaba estática en tu isla de albos corales,
sin otro joyel que el eco de tu brutal abandono;
aún asida a una esperanza,
al esmalte de una ataviada burbuja.

Ahora estás presente, mi nerviosa guarida,
y aún sonríes con un candor de agua sin fronteras,
aún tiemblas con el susurro de una palabra
y sueñas.

Nadie logró vulnerar la tibieza de tus linos,
ni el arpegio que reservabas para embalsamar mi fatiga;
ninguna voz penetró al tremedal de tu silencio,
ni comprendió el sortilegio de tu palabra fugitiva.

Ahora no es el fuego, ni la apremiante fuga, ni la sed,
pero es tu beso de flor y tu mano
suspensa entre mis dedos calcinados;
tu cabello, tu memoria sangrante,
tu voz posada entre mis besos,
tu perfume.

VII

Podrán arrebatarnos el oro bruñido,
el ropaje, la flor, hasta la miel y la luz
de la entraña abandonada,
pero no ese instante en que tú surges a la noche,
modelada por la porfía de mi mano,
lamida por el susurro de mi entrega, tibia, dócil,
sedienta aún, con la cruel avidez de tus ojos sabios.

Podrán golpear nos los huesos y la lengua,
arrinconarnos en el reducto del deber y del miedo,
evocarnos los nidales de la muerte,
alejarnos el límite diáfano;
mas no asolarán el eco de tu paso vencido,
ni tu voz temblorosa en la fronda de mi amparo.

Eso lo sé yo y tú lo has aprendido
cuando la calle solitaria nos envuelve
y te expandes como luz recién creada
y contemplas muda el cielo.

Entonces yo siento que me amas con tu dolor antiguo,
con tu frescura de instante, con tu beso.

IV